ISSN 1133-0104

En memoria de Marie-Joseph Lagrange, Doctor de la tradición bíblica*

Xavier ZUBIRI (†)

Resumen: La alabanza que tributa Xavier Zubiri a Marie-Joseph Lagrange se sitúa en un marco poco convencional, si se piensa que fue escrita en 1938. Su tesis es que Lagrange entendió mejor que otros exegetas las enseñanzas de León XIII en la encíclica *Providentissimus Deus* (1893). Es indudable que la revelación de Dios se hace por medio de la inspiración. Pero la inspiración del hagiógrafo no es ni infusión de meras palabras, ni pura recepción de conceptos. Es, más bien, una iluminación en orden a juzgar con más profundidad, claridad y acierto las ideas que el escritor quiere comunicar. En la inspiración, el hagiógrafo expone –iluminado por una luz especial de Dios– ideas que él ha adquirido natural o sobrenaturalmente. Por ello, al leer al hagiógrafo se puede descubrir qué ha querido enseñar Dios. En esto se fundamenta la primacía del sentido literal y la importancia del método histórico-crítico. Esta había sido también la tesis de Tomás de Aquino, en la que bebió Lagrange. Por tal razón, dice Zubiri que Lagrange entendió la tradición mejor que los tradicionalistas.

Palabras clave: Marie-Joseph Lagrange, Javier Zubiri, modernismo, cuestión bíblica.

Abstract: Xavier Zubiri's praise of Marie-Joseph Lagrange appears in an unconventional context if we have in mind it was written in 1938. His thesis is that Lagrange understood the teachings of Leo XIII in his encyclical *Providentissimus Deus* (1839) better than other biblical scholars. It is clear that God's revelation is done by inspiration. But the inspiration of the hagiographer is not an infusion of words, nor pure reception of concepts. It is more of an illumination that permits a clearer and more in depth judgment of the ideas that the writer pretends to express. In inspiration, the hagiographer explains –illuminated by a special divine light– ideas that he has acquired naturally and supernaturally. Because of this, as we read the hagiographers' work we may discover what God has tried to teach us. This is what the priority of the literal sense and the importance of the historical-critical method is based on. This was the thesis of Thomas of Aquinas, that Lagrange shares. Because of this, Zubiri says that Lagrange understood tradition better than the traditionalists.

Key words: Marie-Joseph Lagrange, Javier Zubiri, modernism, the Biblical question.

---

* © Fundación Zubiri. Este precioso texto del filósofo Xavier Zubiri se publicó primero en francés en la revista «Chroniques du Foyer des Étudiants catholiques», 9 (1938) 3-7, durante el autoexilio del filósofo español en París, donde residió desde septiembre de 1936 hasta septiembre de 1939 con su esposa Carmen Castro. Entre el original español y la traducción francesa hay algunas diferencias, que señalaremos cuando sea pertinente. Con la debida autorización, reproducimos aquí el original español editado en: Xavier ZUBIRI, *Sobre el problema de la filosofía y otros escritos (1932-1944)*, Alianza Editorial-Fundación Zubiri, Madrid 2002, pp. 285-290. Sobre la actividad de Zubiri en París en esos años (1936-1939), cfr. Jordi COROMINAS-Joan Albert VICENS, *Xavier Zubiri. La soledad sonora*, Taurus («Memorias y biografías»), Madrid 2006, cap. 22 (pp. 383-406), cap. 23 (pp. 407-426) y cap. 24 (pp. 427-443).

Ha muerto el P. Lagrange. A pocos ha llegado la noticia. A la mayoría de nuestros jóvenes católicos su nombre no les dice nada. A otros muchos les parece un simple recuerdo. Triste situación la de una época histórica absorbida por la urgencia de su grave momento, ¡y absorta en él! No es mucho, sin embargo, pedir en la muerte del P. Lagrange un breve espacio para sentir vibrar por encima de los apuros del instante el rango objetivo y la magnitud de las verdades.

Probablemente será por mucho tiempo inútil insistir más largamente sobre ello; dejémoslo estar. Pidamos a Dios tan sólo que entre los apuros de la hora no se pierda por completo en los católicos el sentido de lo fundamental, y del rango objetivo de las cosas cuya consagración fue –en épocas de azares no menores[1*]– su misión y su gloria; hagamos nuestra la frase que Aristóteles dedicó a la *sagesse*: «más necesario que ella son todas las cosas; más digna, ninguna».

La obra del P. Lagrange es fruto maduro de un catolicismo monacal de primera calidad[2*]; su eficacia se mide precisamente porque nos ha conferido la capacidad de encontrarla hoy «tan natural», que apenas acertamos a pensar que ha sido menester un genio, un héroe y un santo para crearla. Se ha convertido rápidamente en raíz ignota de nuestra actitud intelectual frente a la historia religiosa: es ya «tradición», todo lo contrario de revolución.

No es un fenómeno aislado. Se verá en su día que buena parte de la historia de la segunda mitad del siglo XIX, aun en quienes han presumido de tradicionalismo, va dominada por una ingente ausencia de tradición. La más sencilla prueba de este paradójico hecho está en la idea misma de tradición que dominaba hace 80 años: la inercia con que perdura, a pesar de presentar el movimiento de un cuerpo muerto, no la secreta gravedad, la que nos retrotrae a las raíces vivas de nuestra existencia para emerger a la luz del día con una fresca floración.

Casi todos los «tradicionalismos» del siglo XIX han sido en realidad olvido de la tradición. De ahí que muchas empresas, agitadoras en apariencia, no han sido sino simple recurso a la tradición viva para encontrar en ella la fuerza estructural de nuevas perspectivas. Como Jesucristo agitó al pueblo restaurando la verdadera religión de Israel, el pontificado de León XIII ha sido en nuestra época el gran agitador de la tradición, braceando por la justicia social frente a la pura filantropía, filosofía metafísica frente a puras generalidades científicas, historia bíblica y teología frente a pura divagación misticoide.

El P. Lagrange perteneció al grupo de los llamados a realizar las enseñanzas del Pontífice en historia bíblica.

En realidad, visto ya *post factum*, nada más simple ni menos trascendental.

1*. «[...] époques non moins inquiétes et inquiétantes», dice el texto francés. Zubiri se refiere a los problemas que tuvo Lagrange a principios el siglo XX, sobre todo entre 1903 y 1907, y aun después (N. de la R.)

2*. Habla del catolicismo *monacal* (más adelante dirá que Lagrange fue monje), equivocando la terminología canónica. Lagrange fue dominico, es decir, fraile mendicante (N. de la R.)

Entre católicos es un dogma que en la Biblia se contiene el Canon de todos y solos los libros *inspirados* por Dios. Pero eso supone una lección de instrucción religiosa –aquí está el peligro en que puede caer el tardo espíritu humano–. Si Dios es *el autor* de la Sagrada Escritura, el autor humano no hace sino transmitir lo que Dios quiere decir. Habría que entender entonces la Biblia y sus autores *desde* Dios. Poco más, y la *inspiración* divina será casi una *revelación.* El problema bíblico consistirá entonces en descubrir a través de la expresión bíblica lo que Dios ha revelado, lo que ha querido revelar. La especulación teológica por un lado, la aplicación a la vida espiritual por otro, he aquí entonces los dos métodos exegéticos.

> [En el fondo, una subrepticia infiltración de dos viejas corrientes en la historia de la Iglesia que siempre han degenerado en tergiversaciones más o menos condenadas: el alegorismo alejandrino y la pura edificación cuya última manifestación fue Lutero, que con nuevo ropaje revive en el fondo en la última *teología dialéctica*][3*].

El cardenal Franzelin estuvo a punto de convertir estas ideas nestorianas en tradición eclesiástica[4*]. El punto de vista del P. Lagrange fue en cierto modo inverso[5*].

La inspiración no es de suyo revelación, sino una acción particular de Dios sobre la voluntad del escritor para decidirle a escribir y sobre su inteligencia para asegurarle especialmente en la *exacta* expresión de lo que quiere decir[6*].

La verdadera doctrina enunciada por el Concilio Vaticano [primero] –no es una letra muerta– enseña ante todo que la Biblia es libro inspirado, y que por consiguiente tiene a Dios por autor. No funda la inspiración en que Dios sea *autor* del libro, sino que parte del hecho de que el libro es *inspirado* para concluir en la autoridad[7*] de Dios. Parte no de Dios como autor del libro, sino del libro inspirado mismo. He aquí la gran revolución del P. Lagrange.

En lugar de pensar que el hagiógrafo dice lo que Dios quiere enseñar, el P. Lagrange piensa que Dios no enseña sino lo que el hagiógrafo quiso enseñar con todos sus recursos humanos. La inspiración entonces se extiende a todo, hasta las palabras y los menores detalles, sin dejar fuera los *obiter dicta* en que cayó el cardenal Newman. El problema bíblico consistirá entonces en entender a Dios por la comprensión del libro: es el método histórico. Si se quiere, la primacía *efectiva* del sentido literal sobre los demás.

De aquí una doble consecuencia.

3*. Este párrafo, entre corchetes en el original español, fue finalmente suprimido en el texto de la traducción francesa. (N. de la R.).

4*. Como se sabe, el jesuita austriaco Johann Baptist Franzelin fue uno de los redactores principales de la constitución *Dei Filius*, del Concilio Vaticano I (N. de la R.).

5*. Cfr. Marie-Joseph LAGRANGE, *Une pensée de saint thomas sur l'inspiration*, en «Revue Biblique», 4 (1895) 563-571; e ID., *Inspiration des livres saints*, en «Revue Biblique», 5 (1896) 199-220. (N. de la R.).

6*. Esta es la tesis más característica de Lagrange: la inspiración considerada como *lumen divinum* para juzgar adecuadamente. Es lo que Zubiri denomina «acción particular de Dios» sobre la inteligencia del hagiógrafo, para asegurarle la exacta comprensión de lo que quiere decir.

7*. Quienes prepararon la edición española de este escrito, en 2002, apuntaron que aquí la palabra *autoridad* indica *autoría*.

En primer lugar, «la inspiración no modifica ni el sentido de los términos, ni el carácter de la proposiciones, ni el género literario de los libros, y solamente estudiando el sentido de los términos, el carácter de las proposiciones y el género literario de los libros podemos conocer el pensamiento y la intuición del autor». Con ello el P. Lagrange absorbe en la exégesis después de muy severa crítica toda la ciencia histórica de nuestra época sobre el Antiguo Oriente. No ha creído que ello sea más deshonroso para la exégesis católica que lo fue para la teología escolástica la aceptación del Aristóteles de Averroes por Santo Tomás. Y al hacerlo no sólo le ha liberado de un falso espiritualismo, sino también de la confusión entre literalismo y verbalismo en que ha caído la exégesis de la Sinagoga.

Pero si esta primera exigencia de su método le llevó a ponerse en pie de igualdad con la ciencia «liberal», otra exigencia no menos imperiosa le hizo forzar a la ciencia liberal a admitir la tradición eclesiástica. Los libros sagrados tienen un origen, una función y un fin estrictamente religiosos. Nunca han pretendido bastarse a sí mismos; siempre han sido un simple elemento de la comunidad religiosa sea israelita, sea eclesiástica.

Y si es una justa exigencia del método histórico precisar con rigor el contenido literal y los límites estrictos de un texto, no lo es menos tener por auténtico el sentido total con que fue recibido por la tradición religiosa de la Iglesia, cuando esta tradición existe. La búsqueda de esta tradición es también un problema científico; ¿es esto una limitación de la historia? Sí, pero tan sólo en el sentido en que toda realidad, por tener un ser propio, limita la libertad constructiva del investigador.

El presunto liberalismo del P. Lagrange es en realidad la restauración ingente de la tradición bíblica secularmente interrumpida por causas, es cierto, que afectan a la historia universal, y en las que no vamos a entrar.

De acuerdo con el pensamiento de León XIII, fundó el P. Lagrange en 1890 la Escuela Bíblica –San Esteban– de Jerusalén [École Biblique de Jérusalem]; en 1892, la Revue *Biblique*, e inició con sus colaboradores la serie ingente de sus publicaciones, que asignaron por primera vez a la exégesis católica un lugar de primer plano en el mundo científico.

Al poco tiempo surgió la crisis modernista. Algunos, llamados como él a realizar los pensamientos de León XIII, se descarriaron para siempre. Muchos pretendieron envolverle en el movimiento: los unos para atraérselo, otros queriendo desraizarle de la ortodoxia por incomprensión. Fueron sus horas de dolor y de amargura en que se puso a duras pruebas su fidelidad a Cristo y a la Iglesia. Jamás vaciló. Con humildad admirable, este monje ejemplar hizo el sacrificio de ponerse en manos superiores. Supo no extrañase de que la Iglesia velara por él. Salió purificado de la prueba y en la intimidad de la Cámara pontificia, *tête à tête* con un Pontífice de alma amplia y generosa, lleno del espíritu de Cristo, volvió a recibir por encima de todas las mezquindades y ruindades humanas, la aprobación definitiva, el aliento y la bendición de la Iglesia[8*].

8*. Suponemos que se refiere al papa Pío XI, que no cita nominalmente, porque todavía estaba vivo. Pío XI fue quien consoló a Zubiri en momentos de gran tribulación, concediéndole la secularización y, poco después, recibiéndole en audiencia privada, de la que Zubiri salió muy confortado. Toda su vida guardaría agradecido recuerdo a este gran Pontífice Romano, que parece reflejarse en el pequeño comentario de esta necrológica (N. de la R.).

Espíritu esencialmente constructivo, jamás puso sus complacencias en una negación sino para ir a una afirmación más honda; pero jamás tampoco sintió el apuro de tomar posición precipitada ante las exigencias de la hora; supo tener la serenidad de esperar con fe en Cristo y en la ciencia, y así realizó en su vida ese maravilloso y sutil equilibrio entre los derechos de la verdad y los deberes de la fidelidad. Nutrió su espíritu en largas horas de oración, y pidió a Jesucristo que imprimiera en su alma de fraile dominico, como otra Verónica, su imagen, la imagen de la Verdad divina. La obtuvo seguramente para sí y para otros. Y si llevó muchas almas a Dios, urge decir que fue por este apostolado de la verdad buscada por sí misma sin previas mistificaciones apologéticas. No podemos menos de recordar en este punto su afinidad con otro gran discípulo de León XIII, contemporáneo suyo: el cardenal Mercier.

Gracias a ello, a diferencia de Moisés el P. Lagrange ha logrado contemplar con sus propios ojos el fruto de su obra: San Esteban de Jerusalén; no sólo ha despertado mucha investigación, ha creado *escuela...*, lo que ni siquiera han logrado esbozar instituciones similares.

Siempre soñé alguna vez con conocerle personalmente. Dios ha querido que no sea así en este mundo. Mientras en el silencio de mi alma le acompaña un diálogo secreto, acude a mi mente el pensamiento de San Pablo, que la Iglesia aplica hoy a San Anselmo, padre de la teología escolástica: *bonum certamen certavi, cursum consummaui, fidem servavi.*

¡Descanse en paz el fiel servidor de la tradición de Jesucristo, el gran doctor de la ciencia bíblica de nuestro tiempo!